

Sobre control y cuidado en Tierra del Fuego: las controversias religiosas entre Fitz Roy y Darwin durante su navegación en el HSM Beagle*

RICARDO SALAS-ASTRAIN 
Universidad Católica de Temuco, Chile

Resumen

Hasta el día de hoy las interpretaciones e ideas de Fitz Roy y Darwin acerca de los pueblos fueguinos han sido entendidas de un modo bastante polémico y a partir de estereotipos acerca de lo que se ha considerado científico y teológico en el mundo cristiano occidental, y que se expresa especialmente en los debates entre creacionistas y evolucionista como se conoció luego en el debate británico. En efecto, en las posturas de estos hombres de ciencia se encuentran cuestiones epistemológicas y teológicas que no han sido suficientemente explicitadas en todos y cada uno de sus matices y que prosiguen aún presentes en nuestra época. En sus respectivos puntos de vista ligado a la historia de la ciencia del siglo XVIII y XIX hay supuestos e ideas que han prevalecido acerca de la ciencia y de la fe que reinterpretadas permitirían superar las dicotomías ligadas al naturalismo y humanismo que muestra los avances de la ciencia británica de la época e intenta avanzar en una comprensión global y homogénea del conjunto de procesos de la Vida en el planeta. Siguiendo la perspectiva de la historia de la ciencia destacaremos los principales puntos fuertes de los presupuestos de la polémica entre la ciencia natural experimental, y el cristianismo anglicano de la sociedad inglesa de la época, para mostrar su interés para los debates actuales sobre control y cuidado.

Palabras claves: epistemología, pueblos primitivos, origen, biblia, evolución.

On control and care in Tierra del Fuego: the religious controversies between Fitz Roy and Darwin during their navigation on the HSM Beagle

Abstract

Within the framework of this “Domain in Care” Seminar we assume part of the research we carry out about the epistemic and theological controversies that arise from nineteenth-century scientific activity about nature, humanity and spirituality of the inhabitants of Land of Fire. To this day, the interpretations and ideas of Fitz Roy and Darwin about the Fuegian peoples have been understood in a quite controversial way and based on stereotypes about what was considered scientific and theological in the Western Christian world, and especially in debates. between creationists and evolutionists in the British debate. Indeed, in the positions of both men there are epistemological and theological issues that have not been sufficiently explained in each and every one of their nuances and that are still present in our time. In their respective points of view linked to the history of science of the 18th and 19th centuries there are assumptions and ideas that have prevailed about science and faith that, reinterpreted, would allow us to overcome the dichotomies linked to naturalism and humanism that show the advances of British science of the time and attempts to advance a global and homogeneous understanding of the set of processes of

* Esta investigación fue apoyada por el proyecto FONDECYT regular N° 1170383, el proyecto de investigación 2023 PRO-JS-02 UCT, y al proyecto ANID/BASAL FB210018-1567

Life on the planet. Following the perspective of the history of science, we will highlight the main strengths of the assumptions of the controversy between experimental natural science and the Anglican Christianity of English society at the time, to show its interest for current debates on control and care.

Keywords: *epistemology, primitive people, origin, Bible, evolution.*

1. Introducción

Este artículo trae a la discusión actual algunas de las principales ideas científicas y teológicas que operaron en el Reino Unido a comienzos del siglo XIX y desde estas aclaraciones presentes quiere comprender algunas de las ideas de dominio y cuidado que operaron en las tierras australes. Se trata así de un ejercicio hermenéutico que intenta actualizar los debates del pasado para revisar las cuestiones ecológicas del presente, que interesan a nuestro equipo de filosofía biocultural del Basal CHIC. Los escritos y narrativas disponibles en inglés y en castellano de la oficialidad que tripulaba el buque HSM Beagle, especialmente las que confrontaron durante algunas décadas al capitán Fitz Roy y a Darwin nos permiten ahondar las creencias e ideas de la ciencia y sus resonancias en el debate religioso-teológico de la época. Consideramos que en tales controversias queda reflejada parte de las vicisitudes e interpretaciones que compartieron ambos autores pero también sus diferencias, y en ella se expusieron argumentos que permiten ahondar el esquema cognoscitivo de las ciencias naturales nacientes en el Reino Unido y asimismo de los debates filosóficos y teológicos llevados adelante por la teodicea de William Paley de Cambridge. Su retrato y el de Darwin se enfrentan en Christ's College de Cambridge hasta hoy

Nos parece que el fondo de la cuestión discutida entre Fitz Roy y el joven Darwin en la primera mitad del siglo XIX no pierde ni actualidad ni vigencia para entender la relación entre la ciencia y la religión ya que esboza una polémica reiterada sobre la fe y la razón en las iglesias y universidades inglesas. Estos litigios y controversias consideramos que han perdurado más allá de esa época y a medida que pasa el tiempo y considerando las diversas perspectivas y los análisis de los trabajos históricos, antropológicos, filosóficos y teológicos emprendidas en estos dos últimos siglos permiten desprender pistas relevantes para dar con el sentido religioso de la gravedad de la crisis ambiental actual y las posibles acciones a proseguir por creyentes, filósofos y científicos para eventualmente revertir esta situación contemporánea, que pudiera alcanzar la magnitud de un ecocidio (Baquedano, 2023).

El viaje del HSM Beagle alrededor del planeta permitió a Fitz Roy y Darwin hacerse unas ideas nuevas del tamaño y de la dinámica sistémica y estructural del planeta, así como analizar y discutir desde diferentes ángulos algunas dimensiones de sus creencias e ideas acerca del origen de

los cambios de la tierra desde tiempos remotos, la comprensión de fenómenos naturales e históricos bien diversos propios de los nichos ecológicos y de poblaciones humanas y no humanas que encontraron en los continentes visitados, y cuestiones religiosas, tales como la noción de un Dios creador para la ciencia natural, el correcto sentido de las escrituras bíblicas y sobre todo las diferencias existentes entre el sentido común en su Inglaterra natal y, y que fueron de alguna manera el estímulo empírico para la discusión de la concepción posterior de la evolución de las especies. Tales disputas y controversias se sabe marcaron luchas entre los libre pensadores y las iglesias cristianas, donde el debate entre una visión religiosa de la creación y una teoría científica de la evolución de las especies tuvo álgidos ribetes y se mantiene aún como un tema de controversia pública y de las publicaciones científicas especializadas.

Este marco histórico del debate de la opinión pública y erudita inglesa nos permite caracterizar los puntos de litigio como un debate entre creacionistas y evolucionistas, pero también un conflicto entre las verdades bíblicas (la veracidad del Génesis) y las verdades de un método empírico naturalista (los restos y vestigios recuperados de épocas geológicas pasadas). A veces se ha tratado de entender estas controversias a partir de cuestiones personales y/o temperamentales de los litigantes tal como lo atestiguan testimonios y noticias que dejan algunos de sus conocidos, pero a nuestro modo de entender se trata de un problema mucho más complejo y relevante que es preciso escrutar con un tipo especial de hermenéutica que adjetivamos como histórica.

En esta hermenéutica, se trata de entender una cuestión donde se anudaron los principales supuestos de la ciencia natural y otros aspectos filosóficos y teológicos que han sido decisivos para los avances de la epistemología y de la filosofía de la ciencia natural. Seguiremos aquí la propuesta definida por J. Ladrière (2001) acerca de los lenguajes de la ciencia para centrarnos en este análisis epistémico y teológico al encuentro-desencuentro de la racionalidad científica con el mundo biocultural y espiritual de las etnias / pueblos originarios de la Tierra del Fuego, tal como lo conocemos hoy, y en un sentido particular, restringiremos esta discusión de los presupuestos epistémicos y teológicos en el marco de las nociones de control y cuidado que son relevantes para justipreciar el impacto de la ciencia y la tecnología en todos los nichos biosocio ecológicos y hacer una adecuada evaluación de los instrumentos tecnológicos y de las tecnologías en los hábitats y en las culturas.

En nuestra óptica, se trata de elaborar una hermenéutica histórica donde no solo se trata de una comprensión de lo que aconteció hace dos siglos, sino de ampliarla a una visión de nuestro tiempo, tensionando

muchas de estas discusiones a la actualidad para ver la gravedad de la delicada situación ambiental en que continúa esta tensión entre la dinámica del control y del cuidado inspirada en la catástrofe humana y naturales de las tierras australes. Dicho de otro modo, lo que nos interesa aquí es demostrar que la expansión del proyecto científico-tecnológico en que fue planificada la expedición del Beagle está en el punto de partida de una visión hegemónica y arrogante de la ciencia europea y lleva como principal contrapartida la descalificación de los conocimientos naturales y a la vez un desconocimiento de los saberes espirituales de los pueblos fueguinos. Se trata así de ponderar un proyecto de una civilización moderna racionalista que impuso sus conocimientos científicos y técnicos como los únicos valederos, y que desdibujó el genuino sentido del discurso teológico y soslayó el sentido espiritual de la Vida del Mundo Fueguino. En otras palabras, el ideal cientificista hizo creer a los marinos y científicos de los imperios europeos que los procesos del mundo natural y humano sólo se pueden definir por la racionalidad positiva, y no lograron comprender más que de un modo oblicuo que la dinámica vida natural y la vida humana son parte de una compleja realidad que recién estamos entendiendo genuinamente, y al separar los tipos de conocimientos, y al oponer la ciencia a la filosofía y a la teología se pierde la intelección del momento en que nos debatimos como especie. Esta hermenéutica histórica por último es relevante también para entender la acción de personas creyentes y de los misioneros europeos, y nos ayuda a comprender los diversos factores cognitivos y prácticos que empujaron a la compleja desarticulación de los ecosistemas biológicos y espirituales que vivieron y viven hasta hoy los actuales sobrevivientes de los Pueblos de la Tierra del Fuego (Gallardo, 2022).

Esta desarticulación tuvo impactos socioculturales gravísimos que nuestra época recién está ponderando en todas y cada una de sus consecuencias. Se sabe por lo que acontece en muchos territorios interétnicos del planeta que la ciencia positiva del siglo XIX, avasalló, dominó, y destruyó los ecosistemas como condición para la explotación de los recursos naturales y difusión de una cultura moderna que llevaba como meta “la civilización del mundo salvaje”. Por ello es preciso recorrer otra vía, y dejar caminos abiertos para los necesarios aprendizajes de las otras experiencias de vida tal como lo definen las sugerentes ideas de Fernet-Betancourt dichos aprendizajes son parte de un “... proceso mediante el cual se sustituye el ‘conocer/ humano contextual’ que es conocimiento lento de inteligencia atenta a la vida y los diversos mundos en que se realiza como convivencia, por el ‘saber funcional de...’ por el saber rápido de las funciones, que es un saber técnico de información para ‘andar por el mundo’ global, sin la preocupación que acompaña la

conciencia de que somos orgánicamente parte implicada en su destino” (2017, 41).

Al perder el contacto con las experiencias y conocimientos de los sujetos y comunidades fueguinas, la filosofía y la teología europea y las ciencias particulares derivaron un conjunto de conocimientos teóricos abstractos, propio de especialistas y expertos científicos que consideraron a estos pueblos como “laboratorios antropológicos” (Pavez, 2015). Este enfoque cognoscitivo naturalista legitimó una visión científicista del mundo donde los etnólogos y los antropólogos fueron también los especialistas del mundo de los otros. Es preciso reconocer, que en algunos de éstos hay una limitada conciencia de sus operaciones cognoscitivas, pero casi nunca presentaron sus teorías en formas provisionales y menos cuestionadoras de los límites de sus propios mundos. Empero dichas teorías no van al fondo del cuestionamiento antropológico y cultural al que nos obligaría si realizamos un genuino diálogo de saberes. Como lo refiere correctamente Fernet-Betancourt: “la gran limitación de la filosofía crítica europea es su tendencia a universalizar sin más sus análisis.” (2017). Esta perspectiva permite dudar de ese paradigma predominante de la ciencia británica porque no ofrece una adecuada respuesta a este angostamiento de miradas que es parte de la modernidad cognitiva que preconizaron Fitz Roy y Darwin.

La cuestión de la ética y de la cultura tal como lo ha demostrado la filosofía de la ciencia de J. Ladrière implica considerar de una manera particular los presupuestos que definen la expansión de la empresa tecnocientífica a todo el campo de la vida humana y en general de la Vida. Tomando la convocatoria del Seminario Internacional Interdisciplinar “Del dominio al cuidado: perspectivas epistemológicas”, consideramos que la problemática definida por Ladrière en el campo de la filosofía de la ciencia implica también una serie de referencias al campo de la filosofía de la religión por el que una ética contemporánea se ubica de lleno en el terreno de lo construido que de algún modo hereda la pretensión estratégica del viaje del barco británico diseñado especialmente para hacer mediciones de las costas del continente americano y una observación “naturalista” de sus habitantes, que aseguraran el completo dominio del sistema naviero inglés en los confines del mundo.

En síntesis, el proyecto científico del HSM Beagle no es sólo otra peripecia para obtener el dominio y el control de la navegación marítima que asegura el predominio del poderío inglés en el Sur de América, sino que es parte de un proceso de conocimiento puesto al servicio de un gran sistema cognitivo global que asegurara bienes y riquezas para la principal potencia de la época. En este sentido, se puede ponderar el interés que

tiene el Fitz Roy en traer un naturalista a bordo ya que tiene justamente el propósito de asegurar información natural relevante que se ajuste al propósito de este proyecto estratégico de dar predominio al imperio británico en los mares australes. Son variadas las anécdotas y vicisitudes que permiten el enrolamiento de un joven Darwin muy interesado en temas geológicos y biológicos. Dar vuelta la tierra en este barco fue entonces de un proyecto de conocimiento necesario que necesitaba el Almirantazgo británico, y entregó los elementos básicos para la formación en terreno del que llegará a ser un destacado hombre de ciencia asociado a una teoría de la evolución. Entender estas peripecias entre estos dos hombres ingleses ayuda a ponderar lo que falta por pensar en nuestro tiempo como señala E. Leff.

En esta hermenéutica destacamos un modo intercultural de dar sentido y valor a la espiritualidades (Note & al. 2009), de éstas las poblaciones más australes del planeta se pueden resituar los problemas urgentes relativos a los pueblos de la Tierra y del Mar, pero ayuda asimismo a la elaboración de una filosofía y teología intercultural que podría enfrentar los graves desafíos ambientales que enfrenta el planeta con la expansión tecnocientífica actual, tal como lo ha destacado reiteradamente el Papa Francisco. Se podría aquí referir las palabras de A. Domingo quien nos recordaba: “Un tema recurrente que no es propio de Francisco sino de los últimos pontífices y profetas de la cultura contemporánea que ven cómo los mimbres antropológicos de nuestro tiempo han olvidado que la vida es un don y no un producto industrial. Han dejado sin pensar el sentido de la mesura, la prudencia y el límite en la aplicación de los conocimientos que el conjunto de las ciencias han puesto a nuestra disposición. Responsabilidad no es sólo cálculo de consecuencias sino sentido del límite” (2024).

2. La obra de Darwin y las controversias epistémicas y religiosas.

Las perspectivas que se abren de las controversias entre los dos hombres que cruzaron sus posiciones a bordo del HSM Beagle fueron decisivas para la ciencia natural moderna, ya que el encuentro que tuvieron durante cinco años fue estrecho en una embarcación de reducidas proporciones para nuestras sofisticadas embarcaciones. No solo compartieron el comedor de oficiales para alimentarse, sino todas las vicisitudes en alta mar y en los puertos donde recalaron. La pequeña superficie disponible del barco era el primer depósito donde Darwin acopiaba los restos paleontológicos, y las muestras botánicas, y el reducido espacio permitía ordenar y clasificar los materiales científicos que enviaba a Londres cada vez que podía. Los

restos de huesos y otros restos no pasaban desapercibidos para los oficiales y marinos a bordo. Pero habían asuntos teóricos mucho más complejos, y para decirlo de una manera sucinta: se trata de las interrogantes que se abrían en el joven aprendiz de científico y que ponían en aprietos el conocimiento religioso del aristócrata marino. El capitán Fitz Roy era una oficial con claros ideales religiosos y cuya comprensión de los datos bíblicos adhería a una creencia literalista tradicional como era costumbre en la época.

Las ideas religiosas de Darwin sin embargo son mucho menos difundidas entre los que cultivan la ciencia natural, pero es preciso decir que ellas se fueron transformando a lo largo del tiempo y pasaron por varios periodos. El conocía bastante bien las cuestiones religiosas desde su formación inicial en Cambridge donde había leído y estudiado al teólogo William Paley, teólogo inglés bien conocido por sus libros de teodicea donde predominaban los argumentos para demostrar la existencia de Dios y elaborar el conocido argumento del “diseño divino”. Darwin tuvo además una formación teológica tradicional cuyo destino era lograr un lugar como Pastor anglicano. Tuvo la enorme suerte de ser aceptado por Fitz Roy como naturalista a bordo, y sus ideas se fueron separando del cristianismo protestante inglés de base, pero no tuvo una opinión definida. A medida que se interesaba por los fenómenos geológicos y de sus incursiones en los territorios que visitaba el Beagle, de lo que hoy llamaríamos las ciencias naturales y biológicas, mostraba su insatisfacción del modo de entender el vínculo entre la ciencia y la religión. Para una mente científica y empírica esperaba razones valederas que le permitieran concatenar los hechos, y el modo en que se lo explicaba era claramente insuficiente. En síntesis, él no rechazó las ideas cristianas ni desvalorizó las misiones anglicanas en Tierra del Fuego pero a partir de las múltiples hallazgos y reflexiones sistemáticas producto de los cinco años de travesía por el mundo le hicieron poner en duda muchas de las ideas de la teología anglicana en la que fue formado para preferir explicaciones que provenían de sus datos y experimentos. A medida que sistematizaba y buscaba explicaciones para los distintos hallazgos que le permitía su actividad como naturalista el Beagle pudo avanzar en un conjunto de ideas científicas relativas a la larga historia del planeta y del cosmos que no se acoplaban con las enseñanzas religiosas de la época. Por ello, nos parece relevante que en una hermenéutica histórica se desplieguen estas vicisitudes de un hombre de ciencia que era visto como un portavoz de ideas de sus contemporáneos (Anderson, 2012 y Salas, 2024).

La lectura de sus narrativas de este viaje a lo largo del mundo y los trabajos que publicaron luego permitió que Darwin y Fitz Roy no sólo

compartieron un viaje “mítico” para la cultura inglesa, sino que fueron construyendo pensamiento y que los llevará a ser parte de la opinión pública como cultores de la ciencia natural y también como intérpretes de la teología inglesa y representantes del orden imperial de la época. Para interpretar adecuadamente las controversias que se dieron en el Beagle entre ambos ingleses es preciso señalar que se trata de varias cuestiones que eran debatidas en la sociedad inglesa en diversos momentos de la relación entre ciencia y religión. No obstante no se dice siempre que ambos compartían una adhesión a los métodos experimentales en ciencias y tampoco que los litigios que tuvieron eran producto de una comprensión de la vida humana y espiritual en sus múltiples dimensiones, ambos son ciertamente parte del proceso intelectual que se debatía en la profundización del vínculo entre las verdades de la fe y las verdades de la ciencia, tal como se discutían en esta época.

En un apretado resumen de este relación profesional y amical, no sólo hubo una discusión sino un conjunto de debates entre ambos viajeros a lo largo del viaje de cinco años del HSM Beagle, 1831 a 1836. Para decirlo de un modo mucho más cotidiano, las conversaciones científicas y teológicas fueron frecuentes en hombres que compartían diariamente la mesa de oficiales del barco inglés, pero donde queda en claro que Fitz Roy no compartía las crecientes dudas declaradas por Darwin acerca de una visión tradicional del relato bíblico respecto de la creación especial y sobre todo en que se alteraba y cuestionaba la idea de la fijeza de las especies. Sin embargo, tampoco es algo que se menciona a menudo que tales controversias son producto de las interacciones que posibilita Fitz Roy y que ayudaron al joven Darwin a aclarar sus puntos de vista sobre la dinámica de la vida natural y humana que ya aparecían en la obra de algunos autores y probablemente anticiparon muchas de las objeciones a la llamada “teoría evolucionista” antes que estallara el debate público unas décadas más tarde, y en las que Darwin fue empujado a estar presente.

Las transformaciones de las creencias religiosas y el modo como encaraba la revelación y los datos bíblicos en la obra de Darwin son parte de la historia de la ciencia británica del siglo XIX. Se sabe que tuvo una larga correspondencia con colegas cristianos sobre cuestiones de diseño, propósito, sufrimiento y Dios. Escribió sobre la humanidad y sus sensibilidades religiosas en *El origen del hombre*. E incluso respondió a completos desconocidos que le escribieron preguntándole sobre sus creencias religiosas y se sintió presionado por quienes lo tildaban de ateo. El se sentía más cómodo con la etiqueta de agnóstico, acuñada por su amigo, Thomas Henry Huxley. Nick Spencher resumió estas complejas relaciones de uno de los padres de la ciencia biológica decimonónica y el

modo de confrontarlo con el cristianismo y la teología de la época en los siguientes términos (2009):

“Además, no era simplemente agnóstico en el sentido de no saber si existía o no un Dios. Darwin dudaba de que la mente humana, al haber evolucionado a partir de la de un animal “inferior”, pudiera saber tales cosas. “¿Se puede confiar en la mente del hombre, que, como yo creo plenamente, se ha desarrollado a partir de una mente tan inferior como la que posee el animal más inferior, cuando llega a conclusiones tan grandiosas?”, escribió en su autobiografía. Darwin no sólo sabía ahora acerca de Dios, sino que no sabía si podía saberlo. (...)

Darwin nunca fue, a pesar de lo que a algunos de sus devotos modernos les gustaría pensar, un ateo. Pero tampoco era un creyente. Una multitud de nuevas ideas, entre ellas la selección natural, cerraron la puerta al Dios de su cristianismo paleolítico primitivo, y la muerte de su hija la cerró de golpe. Murió agnóstico, pero con opiniones bien formadas y bien definidas, aunque abiertamente confusas”.

En una breve síntesis se podría señalar que es muy difícil encontrar una clasificación única de las posturas religiosas y teológicas del científico Darwin donde podemos señalar, que al igual que en otros científicos modernos, se encuentran momentos de escepticismo científico frente a determinadas creencias de lo que propone la Sagrada Escritura, y sobre todo de dudas frente a la interpretación racionalista que operaba en la teología de la época. En este sentido, uno se podría tentar de utilizar epítetos habituales como agnóstico, deísta, teísta y ateísta que son frecuentemente utilizados para clasificar las posiciones de los filósofos, pensadores y científicos en el contexto de la ciencia moderna. Pero aquí, es preciso establecer varias distinciones tal como lo indica el largo párrafo ya citado de Spencher, y donde lo esencial es que desde su formación de joven pastor hasta el científico aclamado por la Academia Real de Ciencias se produce un largo camino que se puede sintetizar del modo siguiente. Y es claro que lo más importante de esta evolución se recoge en la idea citada de que: “Darwin era, pues, ateo con respecto al Dios cristiano, pero nunca fue ateo en el pleno sentido de la palabra. Siguió siendo un "teísta" durante todo el 1850 y 1860, aunque el Dios en el que creía era ahora el Dios de la primera causas y, hablando con propiedad, fue más deísta que teísta durante este período”. Estas referencias tendrían que ser consideradas luego en la publicación de *El origen de las especies* en 1859 puso a Darwin y su actitud ante religión en el centro de atención de la Iglesia anglicana y aunque él personalmente evitó ser centro de atención, y a la vez como lo muestra el largo epistolario de más de 16.000 cartas él mantuvo correspondencia extensa con diferentes colegas cristianos sobre

cuestiones de diseño, propósito, sufrimiento y Dios. Escribió sobre la humanidad y su religión.

Nuestra hermenéutica histórica considera que todas estas referencias biográficas y científicas gestan un cuadro en el que las perspectivas epistémicas y teológicas trazan una serie de cuestiones que siguen presentes en las ciencias actuales y en el diálogo con la visión cristiana. Lo que enseña Darwin es que una determinada visión literal de la Biblia parece tener serias dificultades para asumir todo lo que las ciencias empíricas nos enseñan acerca del origen del Cosmos, de la evolución del planeta y de los modos en que las especies variadas han poblado el planeta y han perecido en sucesivos procesos de aniquilación. La perspectiva darwiniana es entonces la obra de un científico que partiendo de los datos del método empírico puede plantearse dudas e interrogantes de lo que considera un creyente. Empero, Darwin está lejos de ser un cuestionador de lo que refiere a un mundo trascendente, sino que en pocas palabras, la ciencia natural a la que se dedica en su madurez no le entrega, por una definición metódica, referencias explícitas para referirse y concluir algo preciso respecto del orden sobrenatural.

Como acontece con un hombre de ciencia genuinamente abierto a lo que se tiene que descubrir, es menester seguir siempre un escepticismo metodológico, de manera que en el campo teológico no podía compartir sin más las ideas del generoso capitán que lo invito a acompañarlo en la aventura del Beagle, y que le hospedó generosamente durante cinco años. Se puede entonces que la obra darwiniana tiene implicancias religiosas acerca de las ideas teológicas. Como lo dice Pletcher se trata de una serie de problemáticas teológicas no resueltas: “Además, no era simplemente agnóstico en el sentido de no saber si no había un Dios. Dudaba de que la mente humana, al haber evolucionado a partir de la de un animal “inferior”, podría llegar. El cristianismo y la muerte de su hija cerraron su comprensión de la muerte. Murió como un agnóstico pero uno con opiniones distintivas y bien formadas, aunque abiertamente confusas. En última instancia, Darwin es un pensador demasiado complejo y demasiado sutil para ser deificado o demonizado. Ciertamente, Fitz Roy estuvo presente en la famosa reunión de la Asociación Británica para el Avance de la Ciencia en 1860 en la que T.H. Huxley defendió con éxito *El origen de las especies* de Darwin del ataque de Samuel Wilberforce, el obispo de Oxford. El intento de Fitz Roy en esa reunión de apoyar a Wilberforce contra Huxley provocó su ridículo en los medios de prensa. La propuesta biocultural de R. Rozzi ha expuesto varios supuestos filosóficos y científicos que tiene una adecuada comprensión de la teoría de la evolución para el despliegue de una ética biocultural apropiada para pensar el aporte de los pueblos indígenas.

En suma, estos análisis hermenéuticos tienen el propósito de mostrar que la denominada teoría de la evolución en singular, es parte de una compleja historia de las ciencias naturales que se despliega en la confluencia de una serie de conceptos y propuestas del conocimientos científico del siglo XVIII, que va a permitir uno de los debates más singulares entre ideas científicas e ideas religiosas en el medio anglosajón y que siguen teniendo eco en diferentes momentos de la civilización cristiana occidental. La obra escrita de Darwin, sin quererlo y sin poder evitarlo, va a quedar atrapado en un gigantesco debate que no es sólo sociocultural y de una exasperación de opiniones y posiciones ideológicas, pero ella es parte de una maduración de una filosofía y de una teología de la naturaleza que sigue siendo parte de apasionados debates que unen el trabajo de los investigadores científicos a las visiones religiosas, y que sigue presente en los encuentros y desencuentros del diálogo fe y razón entre las universidades en el mundo anglosajón y las teologías e iglesias cristianas.

3. Implicancias para entender el cruce entre epistemología, teología y espiritualidad.

El análisis específico de los principales puntos de convergencia y divergencia entre Fitz Roy y Darwin nos ha permitido definir los principales puntos de litigio epistémicos entre ambos, pero no se trata de una polémica estéril circunscrita a un problema de la época, sino que apunta cuestiones relevantes de la epistemología de las ciencias, de la derivación tecnológica que permite y de las preguntas de las que se ocupa la filosofía ambiental e intercultural actual. Las posiciones que tienen Fitz Roy y Darwin nos ubican en varias cuestiones teóricas propias del moderno diálogo entre fe y razón, y de lo que se tiende a denominar en un sentido epistemológico actualizado como el nexo entre las “verdades de ciencia” y las “verdades de la fe” que hoy toman nuevas proyecciones con la filosofía y la teología intercultural. Desde el análisis del lenguaje de las ciencias, de los saberes culturales, del pensamiento biocultural actual, de la filosofía de la ciencia queda de manifiesto que la crítica de la epistemología es muy adecuada como una forma de resolver los problemas que surgen entre la ciencia y la fe en el marco de la vigencia de una política neopositivista del conocimiento científico.

Esta discusión epistémica: científica, filosófica y teológica que es parte de las ideas del control que predominaban en el siglo XIX, nos lleva a una discusión central respecto del sentido de este encuentro-desencuentro con los mundos fueguinos de vida. Partimos de una reflexión que sobrepase el

marco meramente empirista en que se gestionado la ciencia naturalista y de las técnicas que surgen como parte del instrumental de control que son propios de los poderes cognitivos inherentes a las ciencias hegemónicas, para asumir las consecuencias derivadas de las tecnología que operaban procesos de estructuración y desestructuración de las culturas ancestrales que trae la moderna conjunción entre ciencias y tecnologías. Esta controversia ejemplificada entre Fitz Roy y Darwin, y que por suerte se han ido superando en muchas áreas de las ciencias actuales, permite dar cabida en la actualidad a otros formatos epistémicos que reconoce la necesidad de una crítica de esta modalidad tecnocientífica predominante y favorecer la necesidad de un diálogo entre disciplinas, eso que se llama inter y transdisciplina, y asimismo de avanzar en el diálogo de otras formas de conocimiento.

El diálogo entendido de este modo no es sólo entre las disciplinas científicas modernas, sino que entre los lenguajes de las ciencias y el lenguaje de los saberes culturales que recién se comienza a dar para avanzar en otros caminos del conocimiento biocultural integral para superar la gravísima crisis ambiental que afecta al planeta, lo que en buena parte es producto de todas las prácticas tecnológicas derivadas de las ciencias decimonónicas basadas en el control de la naturaleza y de los territorios, y nos ayuden a entender que la dinámica del cuidado se inició hace milenios con los saberes arraigados de los Pueblos del Mar que desde sus sabidurías ancestrales conocieron las limitaciones que tenían los nichos ecosistemáticos y previeron mucho antes que la civilización moderna la perentoria necesidad de convivir amigablemente con el entorno que nos cobija como seres de este planeta azul, y donde los mares, los canales y los territorios donde se guareció la vida humana milenaria. En esa modalidad de cuidado de esos entornos cambiantes los pueblos australes desarrollaron una sabiduría ancestral que les hizo participar de una experiencia de un espacio y de un tiempo donde en un mismo lugar del Tierra del Fuego coexistieron junto a todas las especies y donde la especie humana tiene la principal responsabilidad para asumir la fragilidad y los cambios que tenía ese frágil territorio insular y los canales australes y el cambio de los océanos. En esa compresión premoderna ya se condensaba el saber milenario y en que había posibilidad de pensar la eventualidad de los tiempos abundancia y de escasez, y por lo mismo del colapso de los entornos naturales: terrestres y marítimos. Esa mirada fueguina es la que falta en los análisis de la saga de la ciencia británica decimonónica.

Nos parece que la literatura existente relativa a la historia de la ciencia anglosajona se ha quedado trunca y limitada para entender los límites de las teorías en juego y que ha desconocido el papel de los gestos del aristócrata Fitz Roy respecto de la relevancia de entender las vidas

fueguinas, y el valor antropológico de las creencias teológicas y filosóficas, en desmedro de las ideas y opiniones del foco científico de Darwin. En dos trabajos (Salas, 2024) hemos desplegado una hermenéutica histórica donde evocamos el gran interés que mantuvo el capitán Fitz Roy para traer un naturalista a bordo y no simplemente un médico como se acostumbraba. Sin dudas, nada de lo que el joven Darwin pudo observar y llevar como tesoro científico al Reino Unido habría sido posible sin experimentada visión de Fitz Roy que entendió justamente la relevancia de este viaje a lo largo del mundo para entender lo que se requería para afianzar un conocimiento hegemónico británico que le permitiría un conjunto de experiencias cruciales para elaborar algunas de sus ideas acerca de la evolución. Para Fitz Roy el valor de un naturalista a bordo tenía justamente el propósito de asegurar información de tipo naturalista relevante que se ajuste a una renovación del conocimiento ligado a este proyecto estratégico de dar predominio al imperio británico en los mares australes. Son muy variadas las anécdotas y vicisitudes que permiten el enrolamiento de un joven Darwin muy interesado en temas geológicos y biológicos. Pero son mucho más interesantes las controversias epistémicas que dejan entrever las narraciones de ambos reputados litigantes del saber de la época. Esta aventura de dar vuelta a la tierra tiene un sentido “iniciático” de la ciencia moderna, ya que es parte entonces de un proyecto de conocimiento funcional donde se une lo cartográfico y lo naturalístico que le era necesario para que el Almirantazgo británico alcanzara una ciencia hegemónica que le asegurara el control de los océanos y de los lugares estratégicos, como lo demostraría luego el interés por las islas Malvinas.

En una apretada síntesis, esos diálogos entrecruzados de esos dos hombres cultivadores de una ciencia natural consolida el logro de una “ciencia hegemónica británica”. Lo que nos interesa apreciar en este trabajo hermenéutico son sus principales logros y limitaciones desde una óptica que demuestra la irrelevancia de la vida de esos pueblos fueguinos y, por cierto, la óptica sapiencial de los habitantes australes que se reconoce tardíamente cuando la catástrofe humana ya se había iniciado, y que será llevada adelante principalmente por algunos de los misioneros europeos, algunos anglicanos, unos sacerdotes alemanes e italianos que asumieron la tragedia humanitaria. Es relevante entonces hacerse la pregunta actual acerca de estas controversias epistémicas, de cuál de ambos ingleses estuvo más cerca de comprender el sentido y significado sociocultural de esos pueblos canoeros, y comprendieron las eventuales potencialidades para ser civilizados al modo que ellos lo entendían. Como dicho viaje por los confines del mundo proporcione y reforzó las convicciones las ideas de

los derechos indígenas como ocurre con Fitz Roy como Gobernador de Nueva Zelanda y lo relevante de esa formación en terreno Darwin que llegaría a ser un popular científico asociado unilateralmente a una teoría de la evolución.

La relevancia de las narrativas del buque HSM Beagle para una hermenéutica histórica es que nos ayudan a situar los debates en su locus cultural británico y nos entregan los presupuestos de un debate mal calibrado por nuestros contemporáneos. En nuestros términos, en todos los tópicos que compartieron y discutieron el Capitán Firtz Roy y el joven Darwin en la travesía del HSM Beagle, y que aparecen luego rearmados y reconstruidos en los textos publicados para la opinión pública se encuentra polémicas y litigios epistémicos y cuestiones teológicas que son propias de la sociedad inglesa donde se discute la preeminencia del papel de la religión y de la ciencia que provienen de los siglos anteriores (Moorehead, 2002). En los inicios del siglo XIX esta polémica entre “la fe cristiana” y “la ciencia natural” no están exentos tampoco de los prejuicios que se encuentran entre uno y otro bando intelectual. Este litigio en el terreno de las ideas no pierde actualidad ni vigencia en las iglesias cristianas anglosajonas ya que a medida que pasa el tiempo y han sido analizadas en muchos trabajos históricos, antropológicos, filosóficos y teológicos en más de un siglo y medio, queda en evidencia los estériles debates que concurren sobre el sentido del creacionismo y de la evolución.

Los célebres dos viajes del Beagle alrededor del mundo (1826-1836) son parte de la historia de la ciencia británica y sobre todo el segundo viaje permitió a los dos actores que nos interesan vislumbrar sus argumentos para ir redefiniendo posiciones que se encontraban en su cultura teológica y científica de origen (Chapman, 2012). Por cierto, que existe un enorme debate teológico propio de la historia del cristianismo inglés que aparece en las ideas defendidas por Fitz Roy y Darwin. Para discutir estos textos y epistolario en un prisma hermenéutico no sólo es preciso entender los diferentes ángulos de sus creencias e ideas acerca del origen de la tierra y sobre todo entender los vestigios de otras épocas remotas como lo dejaban en claro los restos fósiles de animales y especies de otras épocas, sino avanzar a lo más complejo del sentido de esos hallazgos y de su relación con el credo cristiano. Este asunto no era fácil de comprender para estos hombres ávidos de precisar la verdad bíblica y la verdad que corresponde a la ciencia, y que se ha traducido popularmente en la estéril polémica entre el creacionismo y el evolucionismo. En tales discusiones decimonónicas no se trataba sólo de analizar los restos materiales de épocas pretéritas, sino de dar cuenta de las enormes diferencias existentes en los nichos ecológicos del planeta, pero es sobre todo entender la presencia de la diversidad de poblaciones humanas en la economía de la salvación. En

nuestra visión el cristianismo anglosajón quedó atrapada en sus propias limitaciones de la teología debatida en Cambridge y no tuvo muchas posibilidades de proponer otras mediaciones que son propias de las verdades humanas a las que puede aspirar un genuino conocimiento científico, tal como surgió en las universidades continentales. Pero hay que hacer justicia a cada época y al aporte de sus hombres de ciencias y a sus teorías. En definitiva, lo que el HMS Beagle permitió descubrir y los restos materiales que se encontraron de diferentes continentes y que fueron enviados al Reino Unido, demuestran los logros empíricos de esa empresa científica británica. El intenso trabajo de Darwin y los restos almacenados y debidamente clasificados habría sido posible sin el concurso de la tripulación ni de su Capitán. Pero es cierto que hay diferencias ostensibles en el análisis de todos los restos materiales y del modo que se podían articular con la cultura religiosa británica.

Ha indicado en un artículo reciente (Salas, 2024) que es frecuente caracterizar los puntos en litigio entre ambos jóvenes viajeros como un debate entre creacionistas y evolucionistas, o un conflicto entre las verdades bíblicas (la veracidad del Génesis) y las verdades de un método empírico naturalista (los restos y vestigios recuperados de épocas geológicas pasadas), o peor simplemente reducir el litigio a diferencias personales y/o temperamentales entre ambos destacados viajeros como lo indica las narrativas autobiográficas. Nos parece que en este análisis histórico/cultural no se trata de generar posiciones extremas ya que ambos británicos son hijos de su tiempo y donde sus narraciones y perspectivas epistémicas fueron releídas y releídas en función de los intereses ideológicos en juego. Esta hermenéutica histórica desarrollada aquí propone entender epistémicamente lo que se encuentra vigente en ambos ingleses y que no reduce a esta comprensión que trata de dar cuenta de una exploración epistémica a los límites mismos de lo que estaba presente en la cultura teológica y científica británica de ese momento: Por ello la obra narrativa de Fitz Roy y Darwin nos aparece tan singular porque en la construcción de sus narrativas, ellos están siendo confrontados con las limitaciones mismas de la ciencia británica que no logra resolver por sí misma. Tanto en clave histórico-cultural como en la historia de la ciencia británica es preciso tener siempre en cuenta el conjunto de ese litigio a lo largo del tiempo, por ello el epistolario, las observaciones no coherentes, y el papel que se le quiere asignar a ambos hombres en los imaginarios en disputa son claves para entender estas polémicas científicas y teológicas de su tiempo. Es un debate que se da en ese tiempo, y en que aparece la reelaboración sucesiva de sus puntos de vista acerca de la construcción del imaginario de Tierra del Fuego (Penhos, 2017).

Destacamos, en primer lugar, las figuras conocidas de Almirante Fitz Roy, del joven naturalista Darwin, y muchas de estas controversias fueron desarrolladas por la actividad relevante de los misioneros ingleses que luego buscaron cristianizar y responder a las apremiantes necesidades de los cientos de yaganes a los que se dislocó su modo tradicional de vida y donde la cacería de lobos, focas y otros productos marinos hicieron colapsar el conjunto del ecosistema marino y fueron desarticulando las relaciones sociales de esos pueblos fueguinos. Sin lograr la extracción tradicional de los recursos limitados de esos litorales y territorios, se vieron imposibilitados de proseguir el tipo de vida ancestral que se basaba en el cuidado de esos recursos en un entorno donde el equilibrio de los recursos y de su explotación había sido el tenor de la interacción milenaria, y los llevó cada vez más a necesitar el apoyo externo que le daban las misiones para sobrevivir: de pueblos que habitaban con dignidad en los mares australes pasaron a ser mendigos en sus propios territorios y canales australes. Es en este primer periodo en que se construyen las ideas más decisivas respecto de la mirada imperial británica y donde surgieron las ideas de la ciencia hegemónica en su sentido geopolítico, de la ciencia de la evolución natural, y de la expansión del cristianismo inglés como medio para difundir el evangelio a esos “pobres salvajes” (Darwin, 2018). De este modo, la relación entre imperio cognitivo, civilización británica y la actividad de las misiones cristianas inglesas eran parte de un mismo marco de control de la naturaleza donde no sólo se medían las costas y se contaba los recursos existentes para su explotación, sino que se analizaba el contexto natural y humano en clave de la hegemonía de una ciencia y de la teología asociada al orden mundial.

Este análisis de los logros y limitaciones de la ciencia británica permite entonces esclarecer algunos de los principales puntos de convergencia y divergencia que se expone en las Memorias, documentos y epistolarios legados por Fitz Roy y Darwin, y que ayudan a precisar lo que concebimos como “ciencia británica decimonónica” como inicio de un modo tecnocientífico de control del mundo, pero que nos conducen sobre todo a pensar de una manera actual lo que acontece con una tensión entre el control y del cuidado como se lo requiere pensar hoy en medio de un calentamiento global y de la transformación ambiental planetaria, ello nos proyecta para pensar la fragilidad de los nichos biológicos planetarios y hace pensar en una posibilidad de la hecatombe, así como obliga a repensar el etnocidio de los pueblos fueguinos hace menos de un siglo.

4. Conclusiones

Este artículo condensó una propuesta de una hermenéutica histórica de relatos que hablan de encuentros y desencuentros históricos, antropológicos, filosóficos y teológicos que profundiza el tipo de interacciones que tuvo la oficialidad y tripulación del Beagle con las poblaciones fueguinas, y muy especialmente las controversias entre Fitz Roy y Darwin que nos parecieron relevantes para comprender la tensión entre la ciencia británica y el mundo fueguino para entender el papel del control y del cuidado en los frágiles nichos ecológicos de Tierra del Fuego. Empero es preciso señalar que nuestra comprensión histórica de esos principales contactos histórico-culturales que hemos analizado aquí, es sólo un punto de partida y no quieren sólo quieren referirse a esos primeros años, sino que en nuestra interpretación son sólo el preludio de un proceso que sigue legitimando el genocidio de poblaciones indígenas y la invisibilización de un daño ecológico de los territorios interétnicos que ha tenido y tiene enormes proporciones durante casi dos siglos y que se ha seguido repitiendo en muchos puntos del orbe. Nuestro trabajo de este modo no se reduce únicamente a concentrarse en un episodio de la historia británica de la ciencia, ni tampoco se restringe a las controversias específicas entre dos pensadores de antaño, sino que sobre todo invita a redefinir y revisar un conjunto de ideas epistemológicas y ontológicas de la época, en la que cabe indagar por las dimensiones prácticas de la exploración y explotación de los mares australes, de la irrupción de las primeras misiones anglicanas y católicas, pero por sobre ayuda a comprender la problemática ecológica del control y del cuidado de la sustentabilidad en los territorios de Tierra del Fuego.

En esta hermenéutica, la perspectiva epistémica y metodológico en juego aquí es una operación de segundo grado por el que se escudriña la idea de que en todo diálogo hay siempre restricciones y limitaciones que es preciso explicitar para que se pueden encontrar los interlocutores en sus propuestas revisadas en textos de diferentes periodos. Este es el caso de las ideas religiosas de Darwin que no siempre han sido consideradas en la comprensión de su completo sistema de pensamiento; no estamos sólo frente a un científico sino a un pensador en que sus búsquedas eran parte de una comprensión de las dinámicas del universo, del conjunto de las transformaciones de las especies y en particular del modo en que los seres humanos primitivos derivan en los seres humanos actuales. Su pensamiento es entonces de una explicación y comprensión de la dinámica compleja de la Vida. Asimismo, es posible coincidir con él en el valor heurístico de las categorías analizadas, para comprender la situación social de la ciencia y de los territorios interétnicos. Como obra científica, las ideas de Darwin ayudan a despejar algunos problemas asociados con la teoría

del discurso científico y teológico que se desarrollará en las décadas posteriores, atender siempre a los hechos y a los hallazgos racionales pero evitando las polémicas estériles. Si lo decimos con mayor severidad, se trata entonces de entender el método de un naturalismo basado en un supuesto empírico del manejo de la naturaleza tal como lo supone la ciencia británica que destaca el control experimental de la realidad natural y humana.

Lo que deberemos precisar es cómo este método experimental introdujo a la ciencia natural en un camino epistémico sin salida. Es entonces el despliegue de dicha ciencia hegemónica la que condujo a la expansión del proceso de control de la naturaleza que permitió al almirantazgo inglés proyectar la cartografía de las costas australes y definir a sus poblaciones entre el estado salvaje y el estado civilizado, el primero referido a las poblaciones primitivas y el segundo referido a los imperios en expansión a ultramar. Lo que aparece en las narrativas y textos de Fitz Roy y Darwin es lo que alude a una sociedad inglesa que observa el mundo de los otros, pero donde la voz de los fueguinos aparece escasamente. Dicho de un modo lacónico y sucinto, pensamos que este proceso de destrucción de los equilibrios de los ambientes y entornos naturales y humanos de Tierra del Fuego no fueron azarosos, sino que fueron parte de las inevitables consecuencias de esa ciencia naturalista hegemónica y de sus prácticas tecnológicas, ya que fueron ellas las que permitieron navegar en esos mares australes, y pensar que se podría “civilizar” y “controlar” esos mares y tierras de acuerdo a la óptica imperial del HSM Beagle. No debemos olvidar que gracias justamente a Fitz Roy tenemos una ciencia de la meteorología del clima, del viento y de las mareas.

Lo más relevante de este desafío interpretativo es demostrar la limitación de esa mirada británica hegemónica que no supo entender esos saberes fueguinos y esos modos de vida que fueron casi siempre invisibilizados, y entender ese límite puede ayudar en el momento histórico de la insustentable civilización en que vivimos y a pensar de otro modo la crisis planetaria. Lo que nos lleva entonces a una tarea epistémica, política y ética de entender esa invisibilidad de saberes que fueron menospreciados y minusvalorados como producto de un cierre epistémico de una ciencia hegemónica donde no cabía pensar en un diálogo de los saberes. En la óptica interpretativa en que nos situamos, la tarea epistémica no es solo revisar la confrontación entre ciencia y religión como la pensó el naturalismo, sino que es consolidar otras nuevas prácticas cognoscitivas relativas a una genuina ecología de saberes que contribuyan a encontrar respuestas mancomunadas al desastre derivado de la idea del “control científico”.

Estos rasgos actuales quizás pueden mirarse como un alejamiento del tema derivado de las controversias iniciales del HSM Beagle y de esta controversia epistémica entre Fitz Roy y Darwin ya que nos conducen hacia una ética y política definida por los diálogos contemporáneos que se requieren profundizar con los conocimientos ancestrales ya descritos y que definen un modo biocultural para entender el sentido cabal de la crisis ecológica. Necesitamos así avanzar como humanidad en crisis ambiental en otros caminos, donde la crítica de la hegemonía epistémica de la modernidad europea sea superada, y abriremos a la riqueza de los saberes sapienciales y así abriremos a la riqueza de esos otros mundos que hemos despreciado en estos dos siglos. La nueva apertura que obliga este tiempo de transformación climática y del colapso de una naturaleza entendida como recurso económico para pensar en los cuidados de una vida frágil y delicada que requiere de equilibrios que fueron respetados por milenios por la especie humana en estos territorios. Se trata así de apuntalar la revalorización de los conocimientos sapienciales, en especial a los saberes fueguinos menospreciados en los informes y relatos ingleses del s XIX. Empero, uno se equivocaría en pensar que se trató sólo de errores y horrores de otras épocas, pues ellos han perdurado en el tiempo.

De esta manera, la crítica epistémica y sus supuestos filosófico-teológicos y la hegemonía de la ciencia naturalista contribuye a explicitar la eventualidad del colapso definitivo de esta visión tecno científica generada en el siglo XIX en tiempos de expansión optimista a la explotación del Planeta. Al considerar hoy la modalidad concreta de la aplicación de los poderes de la tecno ciencia, que es lo que constituye hoy la matriz del poder económico y militar, y el núcleo de los poderes cognitivos que van constituyendo los nuevos ejes de la geopolítica mundial y que se expresa claramente en la actualidad en la destrucción sistemática de los nichos ambientales en los territorios interétnicos planetarios, nos parece que el viaje del Beagle puede proporcionar una buena metáfora de lo que puede significar un planeta observado hoy por satélites, pero sin capacidad de rastrear y entender el significado profundo de esos mundos humanos y de sus imaginarios sacrales. Así como los observadores del Beagle observaban desde la borda a esas frágiles embarcaciones y a sus “salvajes tripulantes”, así nos observan hoy los decisores del mundo futuro, y nos demuestran el momento preciso y exacto donde caen bombas mortíferas.

Ahora bien, los pueblos indígenas y los movimientos intelectuales y socioreligiosos saben, por las duras experiencias vividas y sufridas en sus reveses y victorias de los últimos siglos, que el sentido y el significado de los mundos espirituales es el único punto de inicio del verdadero diálogo

sobre el sentido integral de la experiencia humana. Para los creyentes no existe una ruptura de la realidad de modo que la sacralidad es sin lugar a dudas parte de la naturaleza y es inevitablemente parte de un mundo de la fe, y en ciertas confesiones se expresa en parte de un proyecto de las divinidades protectoras, o bien de un Dios que cuida a los suyos es esencial (Valera, 2022). No se trata de superar esta parte de un terreno polémico de la ciencia y de la religión, pero sus disyuntivas resultan opacadas por la constitución intrínseca de los poderes cognitivos hegemónicos. Todo esta hermenéutica desplegada hasta aquí implica la propuesta de nuevas formas de diálogo de conocimientos diversos y requiere inevitablemente una propuesta holística del “cuidado” que exige superar el cientificismo hegemónico y revisar los límites y las grandes posibilidades actuales de las prácticas tecnocientíficas, pero que al mismo tiempo conlleva los peligros de una universalidad fáctica. La evitabilidad del colapso solo es posible en la medida que nos abriremos a la reconstrucción de mundos en que participen todos los saberes humanos que se desecharon sin más.

Nuestro prisma epistémico obliga a pensar que la cuestión de los saberes necesita abrirse a las contextualidades diversas donde se tensionan los conocimientos y dónde se nos instruye sobre el valor de todos los saberes de la vida, pero por sobre todo a valorizar la Vida en su sentido pleno, y eso conlleva una justa distancia con los modelos derivados de la ciencia. No se trata de destacar las dificultades de los modelos abstractos y los problemas relativas a su traducción a las particularidades, pensando que tales conocimientos puedan ser aplicados en cualquier situación. En este análisis crítico de los sistemas cognitivos hegemónicos el pensar intercultural y la opción decolonial podrían ayudar a visualizar por doquier los quiebres, fisuras y formas de alienación que lleva a valorar las experiencias abiertas a lo Sagrado de las comunidades de vida de todo el planeta. El dominio y el cuidado no sólo son prácticas, sino que son también formas de saber. Por ello consideramos que las perspectivas epistemológicas que se dieron en el Beagle hace dos siglos son relevantes para seguir los intersticios de las disciplinas científicas que tratan temas fronterizos de la fe y sobre todo empezar a profundizar los diálogos con todos los saberes de los pueblos, por el que se podría recuperar otro sentido y ampliar un modo genuinamente humano y verdaderamente universal del cuidado de la naturaleza.

En suma, asumimos que parte de las investigaciones que llevamos adelante acerca de las polémicas epistémicas y teológicas que surgen sobre la actividad científica decimonónica acerca de naturaleza, humanidad y espiritualidad de los habitantes de Tierra del Fuego. Señalamos ya en este trabajo unos ciertos tópicos abstractos acerca de la casi imposible traducción en que gravita el tema de las limitaciones cognitivas de los

exploradores, y donde no operaron el postulado de la simetría. La adopción de esta metáfora de la traducción tiene un papel gravitante en el concepto de diálogo intercultural que adoptamos en medio de estas controversias relativas al poder y a los poderes cognitivos. La postura filosófica que asumimos, según los énfasis de este debate es que para cuidar es preciso profundizar las opciones en juego. Se trata así de una mediación entre un universalismo abstracto y un particularismo que conduce a la crítica de la inconmensurabilidad de las culturas y abrimos al encuentro de todas las culturas y de todos los seres humanos, y dar un esbozo a una epistemología del habitar comunitario donde requieren nutrirse las ciencias y las sabidurías. Esos son parte de nuestros actuales desafíos cognoscitivos de lo que cabría denominar una espiritualidad de los profundos saberes que nos lleva a afirmar los elementos sagrados de la Vida, más allá y más acá de lo que ha pretendido la aventura científicista. Y eso es lo que encontramos en el litigio vivido hace dos siglos en el barco HSM Beagle.

Todo esto implica de alguna manera que para cuidar el Casa Común, es necesario avanzar mucho más en una búsqueda de simetrías entre diferentes formas de conocimientos humanos limitados que obliga a mantener abiertos todos los conocimientos que son parte de un camino nunca recorrido del todo por la humanidad y que podrían seguir abiertas dependiendo de cómo se marche por el desierto. Por ello es preciso tener en cuenta las ideas prudentiales de un reconocimiento de los saberes indígenas y de una filosofía ambiental en permanente búsqueda de universalización. Pensar contextualmente, por último, nos obliga a proponer niveles y escalas, donde no se requiere renunciar al universalismo científico ni tampoco asumir la mera particularidad. Y aquí está lo esencial del diálogo intercultural de saberes en el pensamiento crítico ambiental, a saber, que para propiciar el protagonismo de los sujetos y las comunidades humanas se requiere recuperar la idea de la fragilidad del límite de la racionalidad y de la técnica, de modo que el cuidado cognitivo y práxico de un planeta necesita revisar el cuidado para sostener equilibrios limitados.

Bibliografía

- Anderson, K. (2012). ed., *Narrative of the Beagle voyage, 1831-1836*. Pickering & Chatto.
- Baquedano, S. (2023). Precedentes conceptuales para una eco-sociología. *Revista Tópicos. Revista de Filosofía*, (67), 453-477 <https://doi.org/10.21555/top.v670.2401>

- Bridges, L. (1948). *The uttermost Part of the Earth*.
- Chapman, A. (2012), *Yaganes del Cabo de Hornos. Encuentro con los europeos antes y después de Darwin*, Pehuén - Liberalia.
- Chatwin, B. (2019). *In Patagonia*. Vintage.
- Darwin, Ch. (2018), *Le voyage de Beagle*. Delachaux et Niestlé.
- Diane, P., Stenhouse & Spencer (2013) The Two Faces of Robert FitzRoy, Captain of HMS Beagle and Governor of New Zealand. *The Quarterly Review of Biology*, Vol. 88, No. 3 , pp. 219-225, <https://www.jstor.org/stable/10.1086/671485>.
- Domingo, A. (2024). Columna del Diario Las Provincias.
- Fornet-Betancourt, R. (2017). *Elementos para una crítica intercultural de la ciencia hegemónica*. Wissenschaftsverlag Mainz.
- Gallardo, F. (2022). *Yagán. Gentes del canal Beagle y del Cabo de Hornos en el siglo XIX*. Pehuén.
- Gusinde, M. (1961), *The Yámana*, trans F Schütze, New Haven.
- Kirkland, S. (1928). *The Indians of Tierra del Fuego*, New York.
- Ladriere, J. (2001) *La Articulación del Sentido*. Sígueme.
- Moorehead, A. (2002). *Darwin y el Beagle (1831-1836)*. Ediciones del Aguazul.
- Note et al. (Ed.) (2009). *Worldviews and Cultures. Philosophical reflections on fundamental intricate issues, from an intercultural perspective!*. Springer Verlag
- Pavez, J. (2015). *Laboratorios etnográficos. Los archivos de la antropología en Chile*. Ediciones U. Alberto Hurtado.
- Rozzi, R., (1999). The Reciprocal Links between Evolutionary-Ecological Sciences and Environmental Ethics. En *BioScience*, 49(11), 911–921, <https://doi.org/10.2307/1313650>.
- Salas, R. (1991). Reflexiones epistemológicas acerca del método histórico-cultural del P. Martín Gusinde. *Boletín de Historia y Geografía*, 8, 26-33.
- Salas, R. (2024). Limits of European Science, Critical Interculturality, and Life Worlds in Tierra del Fuego. *Revista Guillermo De Ockham*, 22(1), 161–169. <https://doi.org/10.21500/22563202.6695>
- Spencer, N. (2009), *Darwins religious beliefs*, in <https://www.faraday.cam.ac.uk/news/darwins-religious-beliefs/> (recuperado 30 enero 2024)
- Sepúlveda, J. (2022). Raimon Panikkar's Sacred Secularity: An Advaita Interpretation to Understand the Sacredness of Nature. En Valera L. (Ed.). *Pantheism and Ecology. Cosmological, Philosophical, and Theological Perspectives* (pp. 149-157). Springer.